16ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 13,24-43.

En aquel tiempo, Jesús propuso está parábola a la gente:
-El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo:
-Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?
Él les dijo:
-Un enemigo lo ha hecho.
Los criados le preguntaron:
- ¿Quieres que vayamos a arrancarla?
Pero él les respondió:
-No, que podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega, y cuando llegue la siega diré a los segadores:
-Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero.

PACIENCIA Y DISCERNIMIENTO

El *«Reino de los Cielos»* es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. El Reino de los Cielos es semejante a un *«grano de mostaza»*. El Reino de los Cielos es semejante a la *«levadura»*. Bastan estas frases iniciales de las tres parábolas para darnos a entender que Jesús nos está hablando de un *«Reino de los Cielos»* que sin embargo se encuentra aquí, *«en la tierra»*. Y es que sólo en la tierra hay espacio *«para la cizaña y para el crecimiento»*. Y sólo en la tierra hay *«una masa que fermentar»*.

La parábola del grano de mostaza que se transforma en un árbol indica el *«crecimiento del Reino de Dios»* en la historia. Lo mismo indica la parábola de la levadura, pero en este caso se trata de un crecimiento en intensidad; la levadura representa *«la fuerza transformadora que posee para renovarlo todo»*.

Los discípulos le pidieron a Jesús que les explicara *«la parábola de la cizaña en el campo»*, una parábola que ilustra *«el problema del mal»* en el mundo y que pone de relieve la *«paciencia de Dios»* ¡Cuánta paciencia tiene Dios! Y *«¡cuánta paciencia tiene Dios conmigo!»*

Por una parte, el dueño del campo, que representa a Dios, es el que esparce la semilla buena y, por otra, el enemigo, que representa a Satanás es el que esparce la hierba mala. Que el enemigo actúe en la oscuridad, *«mientras la gente dormía»*, nos sugiere que el mal penetra en la persona cuando ésta está *«distraída, ocupada en otras cosas»*. El enemigo nunca se presenta como tal, de frente.

Con el pasar del tiempo, junto con el grano crece también la cizaña y ante este hecho el dueño y sus siervos tienen actitudes distintas. Los siervos quieren arrancar la cizaña, pero el dueño, que está preocupado por salvar el grano, se opone diciendo: *«no, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo»*.

Con esta parábola, Jesús nos dice que en este mundo *«el bien y el mal están tan entrelazados, que es imposible separarlos»* para extirpar el mal. Y nos dice también que *«Dios no parece tener prisa»* en arrancar el mal, en condenar nada ni a nadie, aunque nosotros *«condenemos a menudo»*. Jesús nos invita, pues, a *«aceptar la realidad social»* en la que vivimos, tal como es. Y es que nadie tenemos derecho a situarnos en el bando de los buenos, despreciando o condenando a los demás. Este es un juicio que corresponde exclusivamente a Dios y que está más allá de la historia. *«Solo Dios puede hacerlo y lo hará en el juicio final».*

«La Iglesia misma» es un campo, dentro del cual crecen juntos el grano y la cizaña, los buenos y los malos, pero es un campo donde hay espacio para *«crecer»*, para *«convertirse»* y sobre todo para *«imitar la paciencia de Dios»*. Decía San Agustín que *«los malos existen en este mundo o para que se conviertan o para que por ellos los buenos ejerciten la paciencia»*.

Con sus ambigüedades y su gran complejidad, nuestra realidad social se desarrolla en el campo de la *«libertad»*. Es ahí donde ha de llevarse a cabo el difícil ejercicio del *«discernimiento»* entre el bien y el mal. Y en el ejercicio de esa libertad se han de combinar, *«con gran confianza en Dios y en su Providencia»*, dos actitudes aparentemente contradictorias: *«la decisión y la paciencia».*

La decisión es la de *«querer ser buen grano»* —todos lo queremos— pero con todas nuestras fuerzas y entonces *«alejarnos del maligno y de sus seducciones»*.

La paciencia es la de *«tolerar la presencia de lo malo, en nosotros y en los demás»*, de igual manera que Dios lo permite en la creación, respetando la libertad humana. La paciencia es sinónimo de *«magnanimidad, de misericordia, de comprensión, de voluntad de hacer el bien»*.

«Hasta la cosecha hay que tener paciencia». En el Reino de Dios no hay lugar para siervos impacientes, para gente que no sabe hacer otra cosa que invocar los castigos de Dios. Jesús reprochó un día a dos de sus discípulos que le pedían hacer llover fuego del cielo sobre los que les habían rechazado y ese mismo reproche, tal vez, *«podría hacerlo a muchos de nosotros»*.

La paciencia es, así mismo, una preocupación del Papa Francisco cuando dice *«preferir una Iglesia que sea levadura en la masa»*, que no teme ensuciarse las manos lavando las ropas de sus hijos, *«antes que una Iglesia de puros»* que pretende juzgar antes de tiempo quién está en el Reino y quién no.

El Señor, que es la *«Sabiduría encarnada»*, nos ayuda hoy a comprender que el bien y el mal no se pueden identificar ni con territorios definidos ni con determinados grupos humanos. Él nos dice que *«la línea de frontera entre el bien y el mal pasa por el corazón de cada uno de nosotros».* En cada uno de nosotros conviven el bien y el mal, o, dicho de otra forma, *«todos somos pecadores».* Acaso, *«¿alguien no se considera pecador?»*. ¡Nadie!

Jesucristo, con su vida y muerte en la cruz y su resurrección, nos ha liberado de la esclavitud del pecado y nos ofrece la gracia de vivir una *«vida nueva».* Él nos ha dado también la *«Confesión»*, porque siempre necesitamos ser perdonados de nuestros pecados. Mirar siempre y solamente el mal que está fuera de nosotros, significa no querer reconocer el pecado que está también en nosotros.

La paciencia del dueño del campo es la actitud que hemos de incorporar en nuestra vida. Nos toca esperar la siega, pero no ansiosos de justicia hacia los malvados, sino esperando como personas que hacen suyo el deseo de Dios de *«que todas las personas se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad»*.

Un ejercicio de *«humildad y misericordia»* es lo que se desprende, por tanto, de esta parábola del grano y de la cizaña. Y es que sólo hay un campo del que es lícito y necesario arrancar inmediatamente la cizaña. Es *«la cizaña del propio corazón»* ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
19 de julio de 2020